

DULCINEA DEL TRUE CRIME

No son casos. Son personas.

Hazañas, desvaríos y despertar de
don Justo Severo Recio
portero de finca jubilado

Primera parte: De la naturaleza de la locura y de los mundos que construye

"En un lugar de la Mancha digital, de cuyo nombre no quiero olvidarme, no ha mucho tiempo que vivía un jubilado de los de portería en planta baja y archivador en la despensa, librea de paño oscuro, galgo moderno y mando a distancia flaco."

PRIMERA PARTE

De la naturaleza de la locura y de los mundos que construye

CAPÍTULO 0

El origen de la locura o de cómo un hombre cabal que lo había visto todo acabó viendo demasiado

Don Justo Severo Recio había ejercido durante treinta y un años como portero de finca del número catorce de la calle Alameda, en Olmeda del Espino, provincia de Ciudad Real. Treinta y un años en que había visto nacer, crecer, casarse, divorciarse, envejecer y morir a tres generaciones de vecinos. Había firmado paquetes, avisado a fontaneros, abierto portales a deshoras, interceptado goteras antes de que se convirtieran en catástrofes y mediado en disputas sobre el turno del trastero con la diplomacia callada de quien sabe que mañana tendrá que saludar a las dos partes en el ascensor.

Era, en suma, un hombre que había observado la conducta humana durante tres décadas desde el mejor observatorio posible: la portería. Discreto como los buenos porteros. Atento como los buenos porteros. Y como todos los buenos porteros del mundo, poseedor de una cantidad ingente de información sobre las vidas ajenas que nunca había sabido qué hacer con ella más allá de guardarla con el mismo cuidado silencioso con que se guarda cualquier cosa que pertenece a otro.

La jubilación llegó un martes de febrero, con una placa de latón con su nombre grabado en letras azules —*Don Justo Severo Recio. Con gratitud de sus vecinos. 1991-2022*—, un sobre con dinero recaudado a escote entre los del tercero para arriba y la entrega solemne del apartamento de planta baja que el estatuto de la finca establecía como vivienda vinculada al cargo y que la comunidad, en un gesto de reconocimiento, había votado ceder en usufructo vitalicio.

Podía quedarse. En su casa. En su edificio. Entre sus vecinos.

El problema, el verdadero problema, fue que ya no tenía que hacer nada.

Treinta y un años de portería le habían estructurado la existencia con una precisión casi militar: abrir el portal a las siete, recoger el correo a las ocho, supervisar la limpieza a las nueve, recibir los pedidos a media mañana, resolver incidencias a la hora que hiciera falta. Una vida de pequeñas urgencias continuas que, sumadas, componían una existencia llena de propósito y de personas. Sin esa estructura, los días se le abrían como plazas demasiado grandes en las que no sabía dónde colocarse.

Su mujer, Remedios Cuerda, llevaba años con su propio ritmo —el curso de acuarelas del ayuntamiento, la asociación de mujeres del barrio, las tardes con la Conchi— y le recibió en casa con un guiso de lentejas y la advertencia cariñosa, pero firme, de que *"iba a tener que encontrar sus propias cosas"*. Sus hijos, Justo hijo y Macarena, vivían en Madrid y llamaban los domingos. El galgo, Cancerbero, dormía dieciséis horas diarias con una eficiencia que don Justo admiraba y no podía imitar.

Y entonces llegó el sofá. Y el mando a distancia. Y Netflix. Y el documental sobre Ted Bundy que el algoritmo recomendó un miércoles lluvioso de marzo, con la precisión perversa que los algoritmos tienen para detectar el momento exacto de mayor vulnerabilidad.

Cuando Remedios apagó la luz del salón y dijo *"Justo, que son las dos de la madrugada"*, él levantó un dedo sin apartar los ojos de la pantalla y murmuró algo sobre *"patrones de comportamiento predatorio"*.

Así empezó todo.



Lo que vino después siguió la lógica implacable de toda adicción: primero una serie, luego dos, luego un podcast para el paseo matinal con Cancerbero, luego un libro con notas adhesivas de colores, luego tres libros simultáneos con marcadores de colores distintos para cada tipo de subrayado. La vitrina del salón, que antes exhibía la vajilla de Remedios y la placa de latón, fue cediendo espacio a títulos que habrían inquietado a cualquier psicólogo:

La mente del asesino. Perfiles criminales para el siglo XXI.

Criminología aplicada: teoría y práctica forense.

Monstruos entre nosotros: el lado oscuro del crimen organizado en España.

Cómo detectar a un psicópata en tu entorno laboral.

Don Justo Severo, que en treinta y un años de portería había aprendido a leer a las personas mejor que la mayoría, descubrió con creciente agitación que el mundo estaba lleno de señales que él nunca había sabido interpretar correctamente. Que la maldad tenía patrones. Que los patrones podían leerse. Que él, precisamente él, con su experiencia en la observación de la conducta humana, estaba en una posición privilegiada para leerlos.

La portería había sido su atalaya. El sofá se convirtió en su academia.

Nadie advirtió a tiempo lo que estaba ocurriendo, porque nadie advierte estas cosas hasta que ya es tarde y porque la familia, como los edificios bien contruidos, suele aguantar más grietas de las que debería antes de pedir revisión.



Los dos astros de su universo

En ese proceso de transformación, dos figuras vinieron a ocupar el lugar que en otros tiempos más sensatos habrían ocupado un presidente del club de petanca o el párroco del pueblo.

La primera fue **Modesto Fama Cuesta**.

Modesto tenía veintiocho años, una cámara de segunda mano, un micrófono de condensador comprado en oferta y una ambición desmesurada para el cuerpo que la sostenía. Su canal de YouTube se llamaba *CRIMEN EN ABIERTO* —tipografía en rojo sangre, que parece el único código tipográfico admitido en el género— y publicaba dos vídeos semanales sobre crímenes reales, históricos, actuales o directamente fabulados en sus conclusiones, siempre con la misma arquitectura: música inquietante de introducción, imágenes de archivo levemente perturbadoras, narración entrecortada de suspense artificial y una conclusión que rozaba la invención con la soltura de quien nunca ha sido demandado.

"Este crimen, amigos, huele a algo más grande. ¿Podría ser que las autoridades lo supieran? ¿Y si os dijera que la respuesta está donde menos os lo esperáis?"

Modesto no decía nunca dónde estaba la respuesta. La pregunta era el producto. Don Justo lo adoraba.

Tenía, en el momento en que nuestra historia comienza, ochenta y siete mil suscriptores, un Patreon con tres niveles de cuota y la certeza absoluta de que un canal de televisión llamaría pronto a su puerta. Mientras tanto, publicaba, monetizaba y especulaba sobre víctimas reales con la impunidad característica de quien opera en el espacio límite entre el periodismo y el entretenimiento, sin pertenecer del todo a ninguno de los dos y sin asumir las responsabilidades de ninguno de los dos.

La segunda fue **Inés Perada Vuelta**.

Inés era criminóloga de formación, doctora por la Universidad Complutense con una tesis sobre factores de riesgo en adolescentes y conducta antisocial y llevaba cuatro años produciendo, prácticamente sola y con presupuesto de andar por casa, un podcast llamado *La Raíz del Asunto*. En cada episodio —de entre cuarenta y setenta minutos, sin música de suspense, sin recreaciones dramáticas, sin preguntas retóricas sin respuesta— Inés explicaba con paciencia y rigor un fenómeno criminológico real: la influencia del entorno escolar en la conducta violenta, los sesgos cognitivos en la investigación policial, la victimización secundaria en los medios de comunicación, los protocolos de ciberseguridad para familias, la prevención del acoso entre iguales.

Su audiencia era fiel y pequeña. Sus patrocinadores eran una editorial académica y una asociación de víctimas. Nunca usaba imágenes de víctimas. Nunca especulaba sobre casos abiertos. Citaba las fuentes en la descripción del episodio. Y cuando hablaba de un crimen, hablaba primero de la persona. Siempre de la persona.

Don Justo la había encontrado buscando más contenido de Modesto y al principio la había descartado como "*demasiado académica*". Pero Inés tenía una voz que se instala. Una manera de explicar las cosas que hacía que el oyente sintiera que entendía algo verdadero sobre el mundo. Una forma de hablar de las víctimas —siempre personas, nunca personajes— que a don Justo le removía algo que no sabía nombrar del todo.

Con el tiempo, sin admitirlo, escuchó todos sus episodios. Incluso dos veces algunos.

En el universo mental que don Justo estaba construyendo, Modesto era la aventura y la emoción. Inés era la verdad y la virtud. Como don Quijote con Dulcinea: adorada, idealizada, transformada en símbolo de algo que el adorador no terminaba de articular.

La diferencia —que don Justo Severo no veía, pero el lector ya puede intuir— era que Inés sí existía. Y decía cosas verdaderas. Y si él las hubiera escuchado de verdad, en lugar de anotarlas para citarlas, nuestra historia habría sido mucho más corta.



El cuaderno de campo

En algún momento de ese primer verano de jubilación —caluroso, infinito, con Cancerbero echado a la sombra de la higuera del patio y Remedios en su curso de acuarelas— don Justo empezó el cuaderno. Era un cuaderno de tapa dura verde, comprado originalmente para apuntar las medidas del cuarto de baño que nunca reformó. En él comenzó a anotar *casos*, *patrones*, *coincidencias significativas*. Recortó noticias del periódico local. Imprimió capturas de pantalla de los vídeos de Modesto. Anotó con pluma de tinta azul —azul siempre, costumbre de las actas de la comunidad de propietarios— observaciones sobre comportamientos que le parecían "*indicadores de riesgo*" en su entorno cotidiano.

El vecino del cuarto izquierda, que recibía paquetes a horas intempestivas.

La furgoneta blanca aparcada tres días seguidos frente al portal.

El chico del bar que siempre pagaba en efectivo.

El cuaderno fue creciendo. La realidad fue encogiéndose.

Y don Justo Severo Recio, portero de finca jubilado, hombre de orden y de buen criterio reconocido por tres generaciones de vecinos, cruzó sin darse cuenta la frontera que separa al ciudadano atento del ciudadano obsesionado.

Al otro lado de esa frontera no había gigantes. Había molinos. Pero él ya no podía verlos.

CAPÍTULO I

Que trata del primer lance de don Justo Severo en defensa del orden del edificio y de lo que de ello resultó

CONTINUARÁ ...

— Don Justo Severo Recio, portero jubilado de Olmeda del Espino —

*En mis tiempos de portería aprendí que el daño casi nunca llega
anunciándose. Llega por un SMS que parece del banco,
por una pantalla encendida a deshora, por el silencio
de quien tiene vergüenza de contar lo que le pasó.*

*Ya no hay gigantes que combatir. Ni siquiera molinos de viento.
Los enemigos de hoy no tienen cuerpo ni cara: son algoritmos,
son perfiles falsos, son puertas que alguien dejó abiertas sin querer.*

*Y no hay bálsamo de Fierabrás que cure esto.
Solo hay ciencia: la que estudia cómo operan quienes hacen daño.
Y hay entendimiento: el de quien aprende a ver las señales
antes de que el daño ya esté hecho.*

Quien auxilio requiera, que hable.

*No hace falta que sea un caso.
Hace falta que sea una persona. Y eso ya lo es.*

*No prometo hazañas. Prometo escuchar, preguntar a quien sabe más
que yo, y no inventarme el remedio si no lo conozco.
Que eso, ya lo he aprendido a tiempo, suele ser suficiente.*

Dulcinea del True Crime · No son casos. Son personas.

Esta obra es el resultado del trabajo creativo de sus autores. Para determinadas tareas de apoyo —como la organización de información, la estructuración de materiales y la asistencia en procesos de edición— se han empleado herramientas de inteligencia artificial. No obstante, la concepción, autoría, criterio y responsabilidad sobre los contenidos pertenecen exclusivamente a los autores humanos.